LA CRU

VARIAS COSAS

MIS CELANEA

BT21
M86

002621

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

INSTRUCCIONES PASTORALES

DEL LIC.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA

OBISPO DE MICHOACAN

Á LOS FIELES DE SU DIÓCESIS

PRECEDIDAS

DE SU OCTAVA CARTA PASTORAL EN QUE SE LAS ANUNCIA Y PROPONE LOS PUNTOS QUE DEBEN SER TRATADOS EN ELLAS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,
CALLE DE CADENA NUMERO 13.
1857.

40009

BT21
M86

CAPILLA ALFONSINA
FONDO ANTONIO
VALVÉRDE Y TELLEZ

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan.

A NUESTRO M. I. Y V. SR. DEAN Y CABILDO,
AL V. CLERO SECULAR Y REGULAR Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS,
SALUD, PAZ Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Carísimos hermanos é hijos:

Uno de los deberes mas estrictos que ha impuesto Dios nuestro Señor á los que ha instituido y consagrado para el régimen de su Iglesia, es la predicacion de la santa doctrina que se dignó revelarnos para que tuviésemos aquellos conocimientos sobrenaturales que nos ministra la fe, y pudiéramos observar aquellas reglas infalibles de conducta que nos prescribe la moral cristiana, como una de las condiciones esencialísimas para llegar á la perfeccion y conseguir la felicidad eterna. Una y otra tienen, por parte de la ignorancia y la concupiscencia, por parte del mundo, y del demonio siempre alerta para perdernos, mil enemigos diversos que combatir y que vencer; y este es el motivo porque Jesucristo en sus mandatos, el apóstol San Pablo en sus exhortaciones, la santa Iglesia en sus cánones y los hombres apostólicos con sus ejemplos, no dejan de estimular nunca el celo de los pastores para que expliquen frecuentemente la doctrina de Jesucristo. Por esto desde el principio del cristianismo se ha estado predicando esta doctrina de salvacion á los pueblos, y por esto la vemos difundida bajo mui diversas formas.

Pero si esta predicacion es necesaria en todos los tiempos, hai algunos en que tal necesidad es mas imperiosa y mas urgente; en que la santa Iglesia tiene que luchar, no solamente contra la inmoralidad, sino tambien contra el error; en que doctrinas perniciosas comienzan á circular entre los fieles, poniendo asechanzas á la firmeza de su fe; en que

002621

escritos de cierto género empiezan á alarmar el celo de los pastores y la piedad de los fieles; en que esos peligros, donde han perecido tantos y hasta las grandes sociedades, infunden graves temores en el ánimo de los verdaderos católicos.

No sabemos hasta qué punto habrá crecido este peligro entre nosotros; pero algunos escritos detestables que han llegado á nuestras manos, y lo mucho que hemos oido lamentarse á diversas personas, nos persuade plenamente de la necesidad en que estamos de hablar á vuestra fe con la palabra de Jesucristo y la autoridad de nuestro ministerio sobre ciertos puntos mui capitales del dogma católico y la moral cristiana. Tan sagrado deber nos ha inspirado el pensamiento de dirigiros unas breves instrucciones acerca de aquellos dogmas de nuestra santa fe católica y aquellos preceptos de la lei divina que deban ser tratados con toda preferencia por haber sido mas combatidos.

Empeño tanto mas grande para nosotros, cuanto que, hallándonos ausentes de nuestra diócesis, no podemos daros, amados hijos, ni aun las pláticas doctrinales de costumbre. Sea, pues, la primera de nuestras instrucciones ésta, en que nos proponemos enseñaros cómo todos los obispos católicos tenemos un deber estrechísimo de inculcar á los fieles la sana doctrina, para que sean competentemente instruidos en la ciencia de la salvacion eterna, y de combatir con todos los esfuerzos del celo pastoral todos los errores dominantes, para impedir que nuestras ovejas coman el venenoso pasto de las malas doctrinas.

La doctrina de Jesucristo necesitaba, para no correr la suerte de la lei primitiva, de una institucion visible, permanente y autorizada, que la enseñase, explicase y defendiese. Esta institucion es la Iglesia católica, cuya autoridad dogmática está fundada en las mismas palabras de Jesucristo: "Enseñad á todas las naciones,"[1] y tambien en aquellas; "El que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia;[2] el que no "oye á la Iglesia sea tenido por vosotros como gentil y publicano."[3]

Como sucesores de los apóstoles, los obispos tienen pues el deber de instruir á los pueblos en la enseñanza de las verdades católicas. Cuando Jesucristo dijo á sus apóstoles: "Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura," impuso á estos y á todos sus sucesores el deber estrechísimo de evangelizar á las naciones. He aquí por qué los obispos están repartidos por todo el orbe católico, teniendo cada uno á su cargo una porcion mas ó ménos numerosa de la universalidad de los

1 Docente omnes gentes. Math. cap. XVIII, vers. 19.

2 Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit me spernit. Luc. cap. X, vers. 16.

3 Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut et æthnicus et publicanus. Math. cap. VIII, vers. 17.

fieles. Como pastor de esta numerosa porcion que compone su rebaño, debe nutrirla con el pasto de la santa doctrina, vigilar sobre ella y cuidar en todo y por todo de su santificacion.

Con los obispos hablaba el apóstol San Pablo, en la persona de Timoteo, en el capítulo cuarto de la segunda Epístola, cuando le dirige estas palabras, que nunca se meditarán bastante: "Predica la palabra, insiste con ocasion y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina." Estas palabras lo dicen todo; son, digámoslo así, el resúmen de los deberes pastorales en materia de predicacion y vigilancia. No necesitamos de otra cosa que de exponer este autorizadísimo texto de tan insigne maestro, para manifestaros, amados hijos, cuán estrechas son nuestras obligaciones hácia vosotros en este punto. Tal será por lo mismo el órden de nuestras ideas en la presente instruccion.

I.

El primer carácter de nuestra predicacion, debe ser el de aquella fuerza y uncion que nace tanto de la seguridad propia de la palabra evangélica, cuanto de la suma importancia de que todos reciban sus instrucciones, comprendan su espíritu y observen sus máximas. El Apóstol quiere que se haga resonar la palabra de Dios con toda la fuerza de su autoridad, y por esto los traductores parafrásticos, hallando una cierta profundidad en el tono de la palabra misma, traducen de esta suerte: "Predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía." Es decir, que ninguna consideracion puramente humana debe cerrar los labios del pastor.

Mas esta predicacion debe ser permanente, continua; no ha de limitarse á una simple manifestacion de la verdad, sino ha de llevar siempre los caracteres de la solicitud pastoral y del celo apostólico. Por esto San Pablo, no contento con decir á Timoteo que predique, le exhorta con viveza á que insista sin tregua en su predicacion, sin aguardar para ello á que se le presente la oportunidad: "insta, le dice, insiste con ocasion y sin ella."

El celo por el triunfo de la verdad, por la gloria de la religion, por el reinado de la virtud, es esencialmente activo y solícito: busca todos los caminos, emplea todos los ruegos, y no descansa jamas. Por esto el Apóstol continúa su exhortacion, diciéndole á su discípulo, que arguya ó reprenda, que se sirva del ruego, y tambien que increpe cuando el caso lo pida.

II.

Laborioso cuanto mas no cabe es el deber de enseñar, difundir, conservar y defender la doctrina de Jesucristo: empresa superior á todas fué para los apóstoles, es y ha sido para sus sucesores la de evangelizar al mundo. Una doctrina que cerraba la Sinagoga, que heria por su base á todas las instituciones gentílicas, que declaraba la guerra á las pasiones mas arraigadas y mas queridas, que instituia un sacerdocio á cuyo exclusivo cargo estuviesen la doctrina, la moral y el culto, debia tener que luchar con todo linaje de pasiones, con toda clase de intereses, con una diversidad prodigiosa de enemigos: el Apóstol se hace cargo de esto; mas, atleta versado en esta clase de contiendas, no teme garantizar el buen éxito de la predicacion á Timoteo, y en él á todos los obispos católicos, con solo estas dos cosas: paciencia y doctrina: *in omni patientia et doctrina.*

Diez y ocho siglos de experiencia, esto es, de combates y victorias, prueban hasta la evidencia toda la exactitud y verdad que entrañaba el concepto del Apóstol. Con la verdad predicada y la paciencia en sufrir toda clase de persecuciones por ella cayó la Sinagoga, vinieron á tierra los templos del gentilismo, enmudecieron los filósofos, y al cabo de tres siglos de fierro y de fuego, que dejaron señalado su curso con una huella de sangre, como se explica uno de los antiguos apologistas, el triunfo glorioso del cristianismo se anunció en la Cruz del Salvador desde los mismos palacios de los Césares. Con la verdad, el sacerdocio cristiano ha sido invencible; porque la verdad católica es un poder: con la paciencia los defensores del cristianismo han sido inexpugnables; porque no hai fuerza mayor que la resignacion con todos los trabajos y sufrimientos. Guerras incesantes y de mui diversos géneros han sufrido la religion y la Iglesia; pero al cabo de diez y ocho siglos de persecuciones sufridas, de herejías anatematizadas, de cismas diversos, de falacias, seducciones y sofismas de la incredulidad, el catolicismo se dilata, la Iglesia vive, el mundo es todavía vasallo del cielo.

Sí, hermanos carísimos, la Iglesia en que vivimos muestra un carácter que no la puede faltar; pero posee una garantía que siempre la sostiene: es militante; pero nunca prevalecerán contra ella las puertas del infierno. ¡Grande consuelo por cierto es para sus verdaderos hijos esta promesa sublime que la hizo su Divino Fundador! Mas no por esto debemos descansar: la Iglesia no faltará nunca de la tierra; pero la religion, como decia en otro tiempo el sabio Arzobispo de Cambray, suele

dejar á unos pueblos que ya no la merecen, para ir á difundir su luz y sus consuelos en otros que no la conocen. Hace mas de tres siglos que perseguida en el Norte de la Europa por los enemigos de la Iglesia, y á la voz de *reforma*, abandonó aquellas regiones para venir á favorecer con la fe, la esperanza y la caridad á los ignorados habitantes del Nuevo Mundo, que acababa de descubrirse. No suceda, pues, que perdamos este rico tesoro.

Verdad es que la inmensa mayoría de los mexicanos cifra su mayor gloria en profesar la religion de Jesucristo, en ser miembros de la santa Iglesia católica romana; pero, ¿no se habrán introducido entre nosotros algunos elementos que nos hagan temer un estrago semejante? Escuchad aún al apóstol San Pablo.

III.

"Vendrá tiempo, dice en los versículos tercero y cuarto del capítulo citado, en que no podrán sufrir la sana doctrina; sino que, teniendo una comezon extremada de oir, recurrirán á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos; y cerrarán sus oidos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas."

Estas palabras del Apóstol encierran un sentido profundo, y deben ser atentamente meditadas: son, digámoslo así, la profecía de todos los combates que habia de sufrir la Iglesia en el dilatado curso de los siglos. Miéntras la verdad vive en el entendimiento, miéntras el hombre presta un oido atento á la sana doctrina, no debe renunciarse á la esperanza de una restauracion moral, aun cuando se trate de aquellos que han tenido la desgracia de abandonarse á los vicios. El arrepentimiento nace del temor y la esperanza, y estos dos sentimientos nacen de la fe. Pero cuando la fe ha dejado de existir, cuando el hombre no pone ya su atencion en la sana doctrina, cuando el fastidio de las verdades que ésta enseña y de las máximas que inculca le conducen hasta el extremo de verla con horror y huir constantemente de ella, entónces, hermanos carísimos, todo está perdido, y solo un milagro singularísimo de la Omnipotencia puede producir esta especie de resurreccion moral en el hombre. Pues bien, la primera señal de esta especie de perdicion y de ruina es la aversion á la doctrina sana, y por esto el Apóstol estimula el celo de su discípulo anunciándole, ante todo, la llegada de un tiempo en que los hombres, reducidos á la última esclavitud de las pasiones, encadenados por sus vicios, llegarian hasta el extremo de hacérseles ya insoportable la sana doctrina, de ver con una especie de horror la institu

cion de su enseñanza, de no poder ni aun sufrir la presencia de los ministros sagrados de su predicacion. *Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt.*

Mas como el entendimiento ha menester de estímulos, lo mismo que el corazon, como la ausencia de la doctrina deja un inmenso vacío, los hombres buscan sustitutos para todo; pero no en el sentido de sus intereses eternos, sino en el de sus inclinaciones desarregladas, en el de sus deseos pervertidos. Nunca por lo mismo se apartan los hombres de la doctrina de Dios, sino para buscar la doctrina del hombre; no detestan á los predicadores de la virtud, sino para aplaudir á los maestros del vicio; no declaman contra la severidad de las máximas morales, sino para encarecer los placeres de las lecturas peligrosas. Huyen de las iglesias, para ir á los teatros; desprecian las Santas Escrituras, para entregarse á los libros que las combaten. Enseñanza católica, predicacion moral, reforma de costumbres, &c.; he aquí lo que repelen: dramas inmorales, espectáculos corruptores, sofismas contra la religion, sátiras contra la moral, invectivas contra el sacerdocio, chistes para poner en ridículo las cosas mas sagradas; he aquí lo que buscan, solicitan y anhelan con toda la intensidad de sus deseos; he aquí lo que aplauden y encarecen con toda la fuerza de su entusiasmo. Este es, hermanos carísimos, segun expresion de San Pablo, el segundo signo de un pueblo cercano á perder su fe: cuando los hombres fastidiados de la sana doctrina buscan solamente la magia del estilo, sonidos melodiosos que regalen el oido, maestros que sepan lisonjear sus pasiones y sostenerlos en la doble muerte de la fe y de la virtud. *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus.*

No imaginéis por cierto, que explicándonos de esta suerte, nos adelantemos en lo mas mínimo á lo que dice el apóstol San Pablo; no califiquéis de una ponderacion nuestros temores, cuando sobre el texto de este apóstol os presentamos el abandono de la doctrina católica, la circulacion y lectura de escritos sofísticos, impíos y licenciosos como una señal manifiesta del peligro de que desaparezca la religion. No, este peligro figura en el texto del Apóstol como una consecuencia forzosa del fastidio de la doctrina sana y de la dedicacion á las lecturas peligrosas. Por esto concluye diciendo que tales hombres apartarán al fin sus oidos de la verdad, y los convertirán á las fábulas: *a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur.*

IV.

¿Y qué debemos hacer nosotros, ministros del santuario, obispos colocados por Dios al frente de nuestras iglesias para gobernarlas? "Tú, empero, nos dice el Apóstol, vigila:" como si dijera: "Está siempre alerta, para ver venir el mal y combatirle: trabaja constantemente; no perdones medio, por fatigoso que sea, para conjurar esta tempestad, para salvar á tu grei de la mas funesta ruina: Apóstol de Jesucristo, desempeña el sublime encargo de evangelizar á los pueblos; da el lleno á los deberes de un evangelista, desempeñando cumplidamente las augustas funciones de tu ministerio episcopal." *Tu vero, vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple.*

Pero si la predicacion de la doctrina cristiana es un gran medio de adelanto y de perfeccion, si es un recurso mui eficaz contra los peligros de las malas doctrinas, tened presente que vosotros por vuestra parte debéis escucharla con atencion, meditarla con detenimiento, observarla con escrupulosidad. La predicacion de la doctrina es, como lo dijo nuestro Señor Jesucristo en una de sus parábolas, semejante á la semilla cuando es depositada en la tierra: prenderá y fructificará, si la tierra es buena; se perderá, sin duda, si la tierra es mala. A nosotros nos corresponde distribuir esta semilla de verdad; á vosotros toca recibirla con solicitud y hacerla fructificar en vuestro corazon.

A una obra tan santa, y cuyos resultados deben ser tan felices, os exhortamos, hermanos é hijos carísimos, con todo nuestro corazon. Disponeos á recibir las instrucciones pastorales que vamos á daros, con un espíritu dócil, con una atencion constante, con una solicitud verdaderamente cristiana: preparad sus frutos con la purificacion de vuestras conciencias, con la participacion de los santos misterios, con la resolucion firmísima de consagraros todos á honrar vuestra fe con vuestra conducta, es decir, á observar fielmente lo que escuchéis, á obrar en todo conforme á vuestra creencia.

Dios nuestro Señor, en quien reside la verdad, y de donde emana la luz sobrenatural de la fe, se digne dárnosla mui abundante para exponeros su doctrina, preparar vuestras almas para aprovechar esta predicacion, y hacerla fructificar en vuestras virtudes para recompensarlas despues con una eternidad venturosa.

Recibid, hermanos é hijos carísimos, la bendicion que os mandamos, llenos de amor hácia vosotros, en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo.

México, Diciembre 19 de 1855.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.